



Médicos escritores y escritores médicos

Physician-Writers and Writer-Physicians

■ Fernando A. Navarro

Resumen

La necesidad de interesarse por todo lo humano para poder ejercer de forma óptima su profesión; la afluencia de jóvenes con vocación literaria a las aulas de medicina por presiones familiares o motivos económicos, sí, pero también atraídos por el afán de penetrar las verdades más profundas de la vida o por la romántica imagen del médico entregado al prójimo; el contacto íntimo y constante con el ser humano en su más absoluta desnudez y con las experiencias vitales más intensas; el imperativo vital de evasión reparadora, catártica o trascendental ante una vida cuajada de dolor y desesperación: todas ellas son razones de peso capaces de explicar, por separado y más aún conjuntamente, la abundancia de médicos que han cultivado la creación literaria desde la Antigüedad clásica hasta la actualidad.

Palabras clave

Medicina y literatura. Médicos escritores.

Abstract

The need to take an interest in all human aspects to be able to optimally practice their profession; the influx of young persons with literary vocation into medical classrooms due to family pressures or economic reasons, yes, but also attracted by the desire to penetrate the deepest truths of life or for the romantic image of the physician dedicated to others; close and constant contact with the human being in their most absolute nakedness and with the most intense life experiences; the vital imperative of compensatory, cathartic or transcendental evasion, from a life filled with pain and despair; all are good reasons to explain separately, and even more, jointly, the abundance of physicians who have cultivated literary creation from classical antiquity to the present.

Key words

Medicine and literature. Physician-writers.

El autor es miembro de la Asociación Española de Médicos Escritores y Artistas. Cabrerizos (Salamanca, España).
Correspondencia: fernando.a.navarro@telefonica.net

■ Es frecuente dividir a los médicos que han escrito obras literarias en dos grandes grupos: el de los "escritores médicos" y el de los "médicos escritores". En el primero se incluye a quienes, tras terminar la carrera universitaria o ejercer de forma fugaz la profesión, abandonaron pronto la medicina para ganarse la vida como escritores profesionales; es el caso, entre nosotros, de Mateo Alemán o Pío Baroja. El segundo grupo, en cambio, lo integrarían quienes han dedicado toda su vida a la medicina y sólo esporádicamente se entregaron a sus fantasías creadoras, como Claude Bernard, que escribió en su juventud una pieza teatral en cinco actos (*Arthur de Bretagne*) o Santiago Ramón y Cajal, quien, junto a su monumental e impresionante obra científica, escribió sus *Recuerdos de mi vida*, *Charlas de café*, *Los tónicos de la voluntad*, *El mundo visto a los 80 años* e incluso una recopilación de relatos breves, *Cuentos de vacaciones*.

A mí, personalmente, no me gusta en absoluto esta división, que considero simplista. No es sólo que muchos médicos escritores hayan sabido mantener un equilibrio admirable entre sus ocupaciones médicas y literarias, como el ensayista español Gregorio Marañón (internista y endocrinólogo de prestigio internacional), el poeta estadounidense William Carlos Williams (que mantuvo abierto su consultorio de pediatría durante más de cuarenta años, hasta que una trombosis cerebral le obligó a cerrarlo), el escritor portugués Miguel Torga (otorrinolaringólogo en Coímbra durante más de medio siglo) o el poeta alemán Gottfried Benn (que ejerció la dermatología hasta su muerte).

Es que, además, tampoco los límites de ambos grupos están bien definidos en sus extremos. Si llamamos "escritor médico" a quien, como Baroja, abandona la medicina por la literatura poco después de haber terminado la carrera, ¿no deberíamos incluir en este grupo también a quienes la abandonaron antes de terminar los estudios? La escritora estadounidense Margaret Mitchell —autora de una de las novelas más vendidas del siglo pasado, *Gone with the wind*—, por ejemplo, comenzó la carrera de medicina en el Smith College de Atlanta, pero la muerte de su madre cambió el rumbo de su vida, al llevarla de nuevo al hogar para cuidar de su padre y su hermano. A la alemana Ilse Aichinger, hija de médico, las leyes nacionalsocialistas le impidieron iniciar la carrera de medicina en 1939, debido a su origen judío. Una vez terminada la guerra, comenzó a estudiar medicina, pero después de cinco semestres abandonó los estudios en 1947 para terminar su novela *Die grössere Hoffnung*, en la que describe en clave autobiográfica esta época de su vida. Y no constituyen estas dos escritoras casos únicos; estudiaron también durante algún tiempo medicina, sin llegar a terminar la carrera, muchos otros grandes autores literarios del siglo xx, como James Joyce, André Breton, Louis Aragon, Bertolt Brecht, Paul Celan, Henrik Ibsen o Johannes Vilhelm Jensen.

Parecidos problemas encontramos a la hora de delimitar el supuesto grupo de los "médicos escritores", aquellos que en el transcurso de una vida consagrada a las labores científicas o médicas, sólo esporádicamente cultivaron la literatura. ¿Es posible ser médico escritor sin haber escrito en la vida una novela, una obra teatral, ni tan siquiera un cuento o un breve poema? Sigmund Freud muy bien podría haberlo sido.

Es evidente que en los textos científicos del gran neuropsiquiatra vienés —esencialmente narrativos y que le valieron el prestigioso premio Goethe en 1929— se aprecian nítidas influencias no sólo cervantinas, sino también de los autores clásicos griegos y romanos, de los trovadores medievales, de Dostoyevski, Schopenhauer, Nietzsche, los poetas simbolistas Rimbaud y Mallarmé, el realismo de Zola y el romanticismo literario alemán. Es evidente también que la psicología freudiana, con sus nuevas ideas sobre el psicoanálisis, el subconsciente, la libido, el complejo de Edipo y la represión de los instintos, ha marcado profundamente los principales movimientos literarios, filosóficos, culturales y artísticos del siglo xx. Y tenemos, por encima de todo, su propia confesión. En 1934, Giovanni Papini sostuvo una entrevista con Freud, entonces ya exiliado en Londres. Según el escritor italiano, en el transcurso de la misma Freud reconoció que todas las fuentes del psicoanálisis habían sido literarias, e incluso llegó a pronunciar las siguientes palabras:

“There is a terrible error, that has prevailed for years and that I have been unable to set right. I am a scientist by necessity, and not by vocation. I am really by nature an artist. Ever since childhood my secret hero has been Goethe. I would have liked to have become a poet, and my whole life long I've wanted to write novels. [...] My oldest and strongest desire would be to write real novels”.

Estas palabras nos llevan directamente a otro gran problema de la división simplista entre “médicos escritores” y “escritores médicos”. De acuerdo con ella, Freud, de poder considerarse realmente literato, sería un ejemplo típico de “médico escritor”, pues su faceta científica, que le ocupó toda su vida adulta, supera en mucho a su dedicación literaria. Ahora bien, a la vista de su propia confesión, ¿fue el psiquiatra vienés un médico con inquietudes literarias o más bien un literato que se vio forzado por circunstancias de la vida a ejercer la medicina? Y algo parecido sucede con los supuestos “escritores médicos”, en quienes tiende a subestimarse su vertiente médica. Según el mayor dramaturgo austríaco del penúltimo cambio de siglo, Arthur Schnitzler, que ejerció diez años la medicina para abandonarla luego y dedicarse por completo a la literatura:

“Wer je Mediziner war, kann nie aufhören, es zu sein.
Denn Medizin ist eine Weltanschauung”.

Podemos confirmar estas palabras, en efecto, cuantos hemos abandonado el ejercicio práctico de la medicina: quien ha sido médico alguna vez, jamás podrá ya dejar de serlo; la medicina es, ciertamente, una peculiar forma de ver y entender el mundo.

Aunque no me gusta, insisto, este modo simplista de encasillar a los médicos escritores en dos grupos independientes, sí considero muy útil admitir que en la mayoría de ellos fue anterior y dominante una de las dos vocaciones. Útil, porque nos permite responder a una cues-

ción fundamental —¿por qué escriben los médicos?— desdoblándola en otras dos: ¿por qué estudian medicina los jóvenes con vocación literaria? y ¿por qué se sienten impulsados a escribir los médicos?

¿Por qué estudian medicina los escritores?

A primera vista, no parece existir gran cosa en la carrera de medicina que pueda atraer a un adolescente interiormente llamado a la creación literaria. Las disecciones anatómicas; el rigor del método científico; el contacto continuo con secreciones y excrementos; la contemplación diaria de todo lo que en la sociedad hay de horrendo, deforme y desagradable; la reducción de las más elevadas manifestaciones del alma humana a simples procesos fisiológicos, bioquímicos o moleculares: ¿cómo puede alguien con vocación de poeta sentirse impulsado a escoger esta carrera?

Presiones familiares

Es relativamente frecuente encontrar en nuestro medio profesional familias de médicos en las que el oficio, el consultorio incluso, se transmite generación tras generación, de padres a hijos, como si de una tara genética irremediable se tratara. Entre las biografías de los médicos escritores no es raro encontrar la figura del padre autoritario que impone a su hijo la elección de su propia profesión —como fue el caso de Hans Carossa— o incluso de la propia especialidad —como fue el caso de Arthur Schnitzler—. En cualquier caso, creo que no merece la pena detenerse más en este hecho sabido, que ha afectado a la medicina como a otras profesiones burguesas, y no sirve para explicar la mayor abundancia de médicos escritores, que es el asunto que ahora nos ocupa.

Está claro, además, que la elección forzada de la profesión no explica por qué tantos escritores cuya vocación literaria era ya evidente desde la infancia decidieron estudiar medicina. En la moderna literatura de lengua alemana, por ejemplo, es cierto que Carossa y Schnitzler se vieron presionados por sus padres para estudiar medicina, pero Gottfried Benn, en cambio, hubo de vencer la resistencia paterna para poder hacerlo. Más próxima a nosotros, la española Carme Riera, premio nacional de narrativa en 1995 por *En el último azul*, confesaba poco después en una entrevista: "yo quería ser médico, pero en casa no me dejaron".

Motivos económicos

Es igualmente cierto, lo admito, que existen otras formas de presión además de las familiares. Nunca en la historia ha sido suficiente la demanda de obras de arte como para permitir a los artistas una vida desahogada. Muchos de ellos se han visto obligados a malvivir en condiciones miserables; otros hubieron de arrimarse a la sombra de un mecenas; otros muchos optaron por elegir una profesión que les permitiera vivir dignamente y consagrar sus ratos de ocio a la creación artística.

En la autobiografía del médico poeta William Carlos Williams encontramos el siguiente pasaje, que describe vívidamente la lucha desgarradora que sostuvo el joven Williams hasta que adquirió plena consciencia de que lo que realmente deseaba era vivir para la poesía, y no morir por ella. El dinero fue, no tiene reparos en reconocerlo, lo que a fin de cuentas inclinó la balanza y determinó su decisión:

"At the University of Pennsylvania in 1902 I enjoyed the study of medicine, but found it impossible to confine myself to it. No sooner did I begin my studies than I wanted to quit them and devote myself to writing. [...]
On the other hand, I knew that the kind of writing I would do would not be for sale. [...]
The struggle was on. [...]
But it was money that finally decided me. I would continue medicine, for I was determined to be a poet; only medicine, a job I enjoyed, would make it possible for me to live and write as I wanted to. I would live: that first, and write, by God, as I wanted to if it took me all eternity to accomplish my design".

También el creador de Sherlock Holmes, el británico Arthur Conan Doyle, nos ofrece en su obra indicios indirectos sobre los motivos que pudo tener para escoger su especialidad cuando, después de diez años ejerciendo como médico general, decidió acudir a Viena en 1891 para especializarse en oftalmología. En la siguiente cita no habla él en persona como médico, sino uno de sus personajes literarios, el doctor J. Stark Munro, protagonista de la novela semiautobiográfica *The Stark Munro letters*, pero sus palabras son en cualquier caso elocuentes:

"There's a fortune in the eye. A man grudges a half-crown to cure his chest or his throat, but he'd spend his last dollar over his eye. There's money in ears, but the eye is a gold mine".

Con todo, sigue pendiente la cuestión de por qué habrían de escoger estos jóvenes precisamente la medicina. Si, por sus circunstancias personales, el futuro escritor se ve obligado a estudiar una carrera universitaria para asegurarse el porvenir, ¿por qué no elegir al menos una carrera de letras? Hay multitud de profesiones que, a primera vista, parecen más adecuadas y atractivas que la medicina para una persona con ambiciones literarias. A mi modo de ver, dos son las principales razones de que la medicina atraiga a tantos jóvenes con vocación literaria.

Afán de saber

Entre los médicos es frecuente la preocupación por los asuntos intelectuales y culturales en su más amplio sentido, más allá del restringido ámbito de la propia profesión: abundan entre nuestros colegas —siempre abundaron— los amantes y los cultivadores de la historia, la filo-

sofía, las ciencias naturales, la lingüística, la literatura, la pintura o la música. Ninguna otra profesión —a excepción, quizás, de las centradas en el pensamiento filosófico-teológico— ha sido tan consciente de que el centro de su interés es el hombre, y que nada de lo humano puede serle ajeno. Parece imposible ejercer eficazmente la medicina, ser un médico completo, si, al mismo tiempo que uno aprende las bases científicas y el ejercicio práctico del arte de curar, no se interesa también por todos los aspectos del ser humano, desde sus instintos más bajos hasta las más elevadas manifestaciones artísticas.

Una de las causas de ello puede ser, creo, el hecho de que muchos jóvenes de vocación humanista, de ambiciones enciclopedistas o consumidos por el afán de saber, se sienten atraídos a la medicina por ver en ella la más completa de las ciencias, el instrumento esencial para comprender los secretos de la vida.

Lo confirma uno de los grandes soñadores del siglo pasado, Maurice Maeterlinck, premio Nobel de literatura en 1911, quien poco antes de morir admitió su vocación médica frustrada:

"Todo mi instinto, toda mi eficacia, me empujaban desde niño a la medicina, porque ésta es, cada vez estoy más cierto de ello, la llave más segura para dar acceso a las profundas realidades de la vida".

Imagen romántica de la medicina

Pero no sólo el ansia de saber puede conducir a los jóvenes con vocación literaria a las aulas de medicina. La imagen romántica del médico, más real antes que ahora, ejerce para muchas personas sensibles un atractivo poco menos que irresistible. Efectivamente, parece poco probable que un joven con alicios poéticos, dejado en absoluta libertad para escoger una profesión con la que ganarse la vida, se haga economista, empresario, notario o ingeniero. Médico, en cambio, con esa aureola de sacrificio y entrega a los necesitados, cuadra mejor con el alma soñadora del poeta. Así lo creía también Gregorio Marañón:

"En esa hora oscura de la adolescencia en que se elige la carrera, [...] yo estoy seguro de que muchos jóvenes se inclinan a la medicina [...] por su leyenda sentimental y romántica, de sacrificio, de humanitarismo, de contacto dramático con el corazón de los hombres. El halo poético de la medicina se ve en esas horas, todavía poco juiciosas, de la elección de carrera, como una inefable realidad.

Van, pues, a la facultad de medicina [...] no pocos jóvenes de vocación más bien literaria, no suficientemente explícita aún para arrastrarles a la literatura y a la creación pura; pero que, desde un segundo plano, les empuja, entre los caminos abiertos, al más compatible con la escondida vocación de soñar".

Este halo poético de que habla Marañón lo percibe la población general, sobre todo, a través de la lectura. A los médicos heroicos de las grandes novelas decimonónicas que leyeron

nuestros abuelos, siguieron en la época de nuestros padres los protagonistas de novelas como *Arrowsmith*, *The story of San Michele*, *The citadel* o *Corps et ames*, y en la nuestra, los *best-sellers* de los médicos escritores Frank G. Slaughter o Robin Cook, así como las series televisivas de éxito como *Dr. Kildare*, *General Hospital*, *Marcus Welby M.D.*, *Doctor in the house*, *E.R.* y *Dr. Quinn, medicine woman* (o sus equivalentes locales en casi todos los países del mundo; en España, por ejemplo, *Médico de familia*).

En ocasiones, nos es dado saber incluso el nombre de la obra literaria concreta que inspiró la vocación médica de un escritor. Sólo cinco años antes de su muerte, el médico francés Jean Reverzy escribió su primera novela, *Le passage*, que le valió uno de los premios literarios más prestigiosos de Francia, el Renaudot. A primera vista, pues, parece Reverzy un característico representante de "médico escritor", en el sentido de profesional dedicado toda su vida a la medicina y que sólo ocasionalmente hizo alguna incursión literaria. Por sus *Écrits autobiographiques*, no obstante, sabemos que Reverzy idealizó en su juventud la medicina, identificándose con la humanidad sufriente. En ello debió de influir también, a buen seguro, la heroica muerte de su padre en el campo de batalla durante la I Guerra Mundial, cuando el pequeño Jean tenía apenas dos años. Este detalle biográfico le predispuso, sin duda, a una vocación redentora que el joven Reverzy encarnó en la medicina después de leer los aforismos de Arthur Schopenhauer. Muy elocuente es el siguiente diálogo extraído de su obra autobiográfica. El narrador —el propio Jean Reverzy— conversa con una joven a la que ha conocido durante las vacaciones, y se muestra con ella tímido, callado y taciturno, hasta que la muchacha aborda la cuestión de los estudios de medicina:

«Vous, dit-elle, pourquoi allez-vous faire votre médecine, vous aimez ça?» À ces mots je me sentais brusquement rasséréné, presque loquace, je sortais de mon mutisme. La médecine, lui disais-je. C'est curieux ce qui m'a poussé à me lancer là-dedans; oui, j'y pense souvent. Eh bien! je crois que si je n'avais pas lu Schopenhauer j'aurais sans doute fait autre chose, n'importe quoi, par indifférence, par désespoir peut-être, quelque chose de banal, ingénieur par exemple. Cela s'est produit cet hiver, alors que je bouquinais un petit livre de Schopenhauer...».

¿Por qué escriben los médicos?

Sabemos ya por qué los jóvenes con vocación literaria pueden sentirse atraídos por los estudios médicos, pero nos falta responder a la pregunta inversa: ¿por qué muchos médicos, sin una manifiesta vocación creadora, se sienten inclinados hacia el cultivo de una actividad artística y, más concretamente, hacia la creación literaria? ¿Qué hay en el ejercicio de nuestra profesión que lleve a tantos médicos a emplear sus escasas horas de ocio escribiendo?

Contacto humano

La mayoría de los médicos, por algo será, coinciden en su respuesta a esta pregunta: a diferencia de otras profesiones, el médico ejerce la suya en contacto permanente con otros seres humanos.

En su extraordinaria *Autobiography*, William Carlos Williams refleja perfectamente, con la claridad y la hermosura arrolladora que caracterizan su estilo literario, este esplendor humano de la medicina:

"It's the humdrum, day-in, day-out, everyday work that is the real satisfaction of the practice of medicine; the million and a half patients a man has seen on his daily visits over a forty-year period of weekdays and Sundays that make up his life. I have never had a money practice; it would have been impossible for me. But the actual calling on people, at all times and under all conditions, the coming to grips with the intimate conditions of their lives, when they were being born, when they were dying, watching them die, watching them get well when they were ill, has always absorbed me".

En realidad no es sólo el contacto humano en sí lo que predispone al médico para la creación literaria; es, sobre todo, la peculiar naturaleza de ese contacto.

El ejercicio de la medicina gira de modo permanente en torno a la muerte, el dolor, la enfermedad, el sufrimiento, la soledad, la sexualidad, la incompreensión, la locura; exactamente los mismos elementos que abordan —si llamamos amor al instinto sexual— todas las grandes novelas, comedias, dramas, cuentos y poemas de la literatura universal.

Y está también la especial intensidad del contacto humano. Porque profesiones que vivan en continua relación con otras personas hay muchas: camareros, abogados, profesores, tenderos, conserjes, y qué sé yo cuántas más. Pero el médico, a diferencia del abogado, el tendero o el conserje, contempla la naturaleza humana al desnudo, sin embozos ni tapujos. El temor a la enfermedad y a la muerte elimina, sin duda, toda hipocresía, todo falso pudor, toda barrera defensiva, toda máscara. Así de claramente lo expresa en su autobiográfico *The summing up* nuestro colega William Somerset Maugham:

"I suppose that you can learn a good deal about human nature in a solicitor's office; but there on the whole you have to deal with men in full control of themselves. They lie perhaps as much as they lie to the doctor, but they lie more consistently, and it may be that for the solicitor it is not so necessary to know the truth. The interests he deals with, besides, are usually material. He sees human nature from a specialized standpoint. But the doctor, especially the hospital doctor, sees it bare. Reticences can generally be undermined; very often there are none. Fear for the most part will shatter every defence; even vanity is unnerved by it".

El médico es a diario testigo de dolor, sufrimiento, alegría y trascendencia, vivencias todas ellas que se hallan en el corazón de la existencia humana; el médico asiste, así, a los momentos más vulnerables e íntimos de las vidas de sus pacientes y tiene acceso como observador privilegiado a situaciones que otros escritores —y no digamos ya el resto de los mortales— rara vez o nunca consiguen presenciar. No cabe duda de que uno de los motivos por el que tantos médicos se han dedicado a la literatura es este acceso privilegiado a lo que William Carlos Williams llama en su autobiografía "los jardines secretos del yo":

"And my "medicine" was the thing which gained me entrance to these secret gardens of the self. It lay there, another world, in the self. I was permitted by my medical badge to follow the poor, defeated body into those gulfs and grottos. And the astonishing thing is that at such times and in such places—foul as they may be with the stinking ischio-rectal abscesses of our comings and goings—just there, the thing, in all its greatest beauty, may for a moment be freed to fly for a moment guiltily about the room. In illness, in the permission I as a physician have had to be present at deaths and births, at the tormented battles between daughter and diabolic mother, shattered by a gone brain—just there—for a split second—from one side or the other, it has fluttered before me for a moment, a phrase which I quickly write down on anything at hand, any piece of paper I can grab".

También su compatriota Richard Selzer está convencido de que la labor del cirujano, al penetrar en el cuerpo y en el alma de otras personas, le permite acceder a un material con el que otros escritores únicamente pueden soñar. Cobran así sentido sus palabras cuando afirma buscar en lo más recóndito del cuerpo humano la piedra filosofal:

"In the recesses of the body I search for the philosopher's stone".

Si consideramos conjuntamente todas las características que hemos ido viendo en este apartado —contacto humano permanente, íntimo y profundo con los aspectos centrales de la existencia—, podremos entender la deuda que muchos grandes médicos escritores reconocieron para con la medicina.

El médico escocés Archibald J. Cronin no escribió una sola línea de carácter extraprofesional hasta 1930, cuando, a los 34 años, una dolencia gástrica lo apartó del consultorio y lo obligó a guardar cama. Así, recluido en una buhardilla del pueblecito escocés de Inveraray, escribe en tan sólo tres meses su primera novela, *Hatter's castle*, que envía sin hacerse demasiadas ilusiones al primer editor cuyo nombre ha tomado de un viejo calendario. En lugar del rechazo que esperaba, el editor acepta publicar la novela, que obtiene un inmediato éxito de público y crítica: el libro se tradujo a más de veinte idiomas, se adaptó al teatro y la Paramount lo llevó al cine. Definitivamente convencido por este inesperado éxito, Cronin

abandonó la medicina para consagrarse por entero a la literatura, convirtiéndose en uno de los escritores más populares entre 1930 y 1950 (*The citadel*, *The keys of the kingdom*, *The green years*, etc.). Pero, en clara demostración de la sentencia ya citada de Schnitzler —"wer je Mediziner war, kann nie aufhören, es zu sein"— su experiencia como médico en las minas y el ejercicio privado en Londres marcarían su obra literaria, hasta el punto de que el propio Cronin llegó a afirmar:

"Almost all of my novels are due to the fact that for eleven years I practised as a doctor".

También William Somerset Maugham, sin duda alguna uno de los novelistas ingleses más leídos desde Dickens, reconoció en la medicina un valor formativo sin igual para el escritor:

"I do not know a better training for a writer than to spend some years in the medical profession".

Evasión

Otro importante motivo que explica la abundancia de escritores entre los médicos es el hecho sabido de que toda actividad profesional precisa de una ocupación distinta que le sirva de contrapeso espiritual, alivio o distracción.

Es famosa, en este sentido, la contestación que Antón Chéjov envió a su editor y amigo Suvorin cuando éste le pidió que abandonara la medicina y se consagrara por entero a la literatura:

"La medicina es mi mujer legítima, y la literatura, mi amante. Cuando una me cansa, paso la noche con la otra. Esto, irregular, no es monótono; y ninguna de las dos pierde con mi infidelidad. Si no tuviese mis ocupaciones médicas, difícilmente podría dar mi libertad y mis pensamientos perdidos a la literatura".

En términos parecidos se expresa William Carlos Williams cuando, en cierto pasaje de su autobiografía, se asombra de que muchos le pregunten cómo hace para compaginar su profesión de pediatra con la poesía:

"How do you do it? How can you carry on an active business [...] and at the same time find time to write? [...] But they do not grasp that one occupation complements the other, that they are two parts of a whole, that it is not two jobs at all, that one rests the man when the other fatigues him".

Ahora bien, si esta necesidad de evasión es común a todas las profesiones, ¿por qué los médicos habrían de sentirla en mayor medida que los demás?

La respuesta es sencilla. En una profesión de contacto continuo con seres humanos en situaciones trágicas, preñada de responsabilidades morales que suscitan angustias profundas y vivas, la evasión deja de ser un mero descanso intelectual para convertirse en una auténtica necesidad psíquica, imperiosa, ineludible, vital incluso. Así lo expresa Marañón:

"El ambiente melancólico en que suele vivir el profesional de la medicina le impulsa a las actividades artísticas como reacción compensadora y saludable. Mil veces se ha dicho y es verdad. [...] El revestir de arte —o el aspirar a conseguirlo— los mismos sucesos que se han vivido con dolor, tiene un sentido de sublimación que nos hace grato, o por lo menos llevadero lo que sin ello sería doloroso tedio o insoportable pesadumbre".

La evasión literaria se convierte así en ejercicio catártico vital, sin ayuda del cual el médico, en especial el médico sensible —¿y se puede ser médico insensible?—, no podría seguir llevando a cabo su cometido profesional. También así lo cree el psiquiatra Vallejo Nágera, quien, en diciembre de 1985 —recién galardonado con el premio Planeta de ese año por su novela *Yo, el rey*—, publicó en *El Periódico de Catalunya* un artículo titulado "¿Por qué escriben tanto los médicos?":

"La medicina es la más hermosa de las profesiones, pero su ejercicio es muy duro si no se tiene encallecido el corazón. Aquí sí que el destino nos hace una mala jugada, resulta que si no se conserva la sensibilidad, si no se sufre con el dolor de cada enfermo, no se puede ser un buen médico. [...] Este afán de luchar contra el sufrimiento ajeno tenemos que revivirlo en cada caso que pasa por nuestras manos. [...] Después de diez o doce horas de tarea [...], el cuerpo y el alma piden, exigen, compensaciones. Algunos las encontramos en la creación de un mundo artificial imaginario".

Este carácter catártico de la evasión resulta asimismo evidente en las siguientes palabras de Richard Selzer:

"[I write] to domesticate my terrors... I do it to ward off disease, fend off death, to give pain a name. I think I should have died at the age of forty if I had not begun to write. For me to write is to transform all of my helplessness and despair as a surgeon into an affirmative act of creation".

Escribo, dice, para domesticar mis terrores, para defenderme de la enfermedad y la muerte, para dar nombre al dolor. Escribir es transformar toda mi impotencia y desesperación como cirujano en un acto afirmativo de creación.

No debemos olvidar tampoco la frecuencia con que la ciencia no da solución, explicación ni respuesta a multitud de situaciones que la exigen; el saber nos lleva entonces hasta el mismo umbral de lo ignoto, para abandonarnos allí, solos, ante la inmensa vaciedad de lo desconocido, consumidos por nuestro propio afán de saber qué hay más allá de los límites del saber. Todo médico conoce perfectamente este estado de que hablo, y que ha expresado muy bien uno de los mayores poetas del último siglo, el francés Paul Valéry, cuando escribió en sus *Souvenirs poétiques*:

"La science ne pouvait nous donner ce qu'elle ne pouvait donner et donnait ce qu'elle était, c'est-à-dire la science, mais ne donnait pas une échappatoire à l'en-
vie naturelle et peut-être naïve de l'homme de savoir quelque chose de plus que ce qu'il sait".

Esta ansia natural del ser humano por saber algo más de lo que sabe tiene como consecuencia lógica la necesidad de alzar la mirada hacia lo alto. Para muchas personas, ello implica alzar la vista a Dios y confiar ciegamente en una revelación divina que dé respuesta a todas las inquietudes humanas. Cito una vez más a Marañón:

"Es evidente que la ciencia, a pesar de sus progresos increíbles, no puede ni podrá nunca explicárnoslo todo. Cada vez ganará nuevas zonas a lo que hoy nos parece inexplicable; pero la raya fronteriza del saber, por muy lejos que se lleve, tendrá eternamente delante un infinito mundo misterioso a cuya puerta llamará angustiosamente nuestro "¿por qué?", sin que nos den otra respuesta que una palabra: Dios".

Para el médico, no obstante, con frecuencia dolorosamente consciente de que fue el hombre quien creó a Dios a su imagen y semejanza, esta mirada desesperada hacia lo alto tan sólo puede ir dirigida hacia la meditación filosófica, la duda metafísica y, sobre todo, la búsqueda de un sentido para el sufrimiento, la miseria, el dolor, la soledad y la muerte en las manifestaciones más sublimes del alma humana: el servicio altruista al prójimo —es el caso de organizaciones como *Médecins sans frontières*— y las manifestaciones artísticas más elevadas —la música, la pintura, la literatura—. Se trata, en definitiva, de un "elevarem os olhos para o alto, para os brilhantes domínios da arte", en palabras del neurocirujano portugués Egas Moniz, premio Nobel de medicina y fisiología en 1949.

No he encontrado definición más concisa —gracias a la hermosísima metáfora en que se apoya— de esta virtud sublimadora, liberadora, trascendental que posee la actividad literaria para los médicos, que la siguiente frase con la que el médico escritor David Hilfiker intenta explicar su doble dedicación:

"Doctoring is my roots, writing my wings".

La medicina es mis raíces —dice el autor de *Healing the wounds*—; la literatura, mis alas. Alas, en efecto, que permiten al médico escritor elevarse y volar libremente por encima de sus temores, sus angustias, sus zozobras, sus insatisfacciones, sus frustraciones, sus depresiones, sus desesperanzas.

Y es así, con esta triple faceta de descanso reparador, de catarsis y de elevación trascendental, como yo entiendo la evasión literaria para el médico.

* * *

En el espacio que brinda este artículo hemos podido comprobar que, como sucede con cualquier actividad humana, existen multitud de motivos —profesionales y personales, conscientes e inconscientes— que pueden explicar el uso simultáneo o consecutivo del bisturí y la pluma, o del fonendo y el teclado de ordenador.

La poderosa vertiente humanista del médico completo y su absoluta necesidad de interesarse por todo lo humano para poder ejercer de forma óptima su profesión; la afluencia de jóvenes con vocación literaria a las aulas de medicina por presiones familiares o motivos económicos, sí, pero también atraídos por el afán de penetrar las verdades más profundas de la vida o por la romántica imagen del médico entregado al prójimo; el contacto íntimo y constante con el ser humano en su más absoluta desnudez y con las experiencias vitales más intensas; el imperativo vital de evasión reparadora, catártica o trascendental ante una vida cuajada de dolor y desesperación: todas ellas son razones de peso capaces de explicar, por separado y más aún conjuntamente, la abundancia de médicos que han cultivado la creación literaria desde la Antigüedad clásica hasta la actualidad.

Cierto es que las tendencias de la medicina moderna hacia la despersonalización, la masificación y la especialización no favorecen en nada, antes bien dificultan, la ya larga tradición de médicos escritores. Pero podemos confiar en que las mentes soñadoras sigan sintiéndose atraídas por el oficio de ayudar al enfermo, y que los médicos vocacionales sigan experimentando en el futuro la necesidad de leer y escribir —soñar, al fin y al cabo— para dar sentido a los enigmas de la vida, comprender mejor el alma humana y ejercer de forma eficaz una profesión que, como la nuestra, debería siempre tener presente que un enfermo no es, básicamente, más que un ser humano que busca a otro.

Ignoro si alguna vez desaparecerán en el futuro por completo los médicos escritores, pero estoy convencido de que en un mundo tal podrán ser tecnólogos enzimáticos, terapeutas moleculares, ingenieros genéticos o vaya usted a saber qué, pero desde luego ya no médicos. Sin una preocupación sincera por todo lo humano no parece posible el ejercicio eficaz de la medicina.

Bibliografía recomendada

- El asunto central de este artículo –los motivos que explican la abundancia de médicos que han cultivado la literatura– se expone más ampliamente y con más detalle en mi ensayo *Viaje al corazón de uno mismo. ¿Por qué demonios escriben tanto los médicos?* (Madrid: Roche, 1999), que incluye también una extensa bibliografía sobre el particular. A ella remito al lector interesado.